

VIVIR ENTRE VIOLENCIAS, DESPLAZAMIENTO Y PANDEMIA. JÓVENES REFUGIADOS EN EL SUR DE MÉXICO

LIVING AMONG VIOLENCE, DISPLACEMENT AND A PANDEMIC. YOUNG REFUGEES IN SOUTHERN MEXICO

VIVER ENTRE VIOLÊNCIAS, DESLOCAMENTO E PANDEMIA: JOVENS REFUGIADOS NO SUL DO MÉXICO

Iván Francisco Porraz Gómez

Doctorado En Ciencias Sociales y Humanísticos (CESMECA-UNICACH)

Investigador de El Colegio de la Frontera Sur, México

iporraz@ecosur.mx | <https://orcid.org/0000-0002-6424-5416>

Rafael Alonso Hernández López

Doctorado en Antropología Social (CIESAS-OCCIDENTE)

Investigador de El Colegio de la Frontera Norte AC., México

rafaelalonsohernandezlopez@gmail.com | <https://orcid.org/0000-0002-1233-9242>

Fecha de recepción: 2 de febrero del 2022

Fecha de aceptación: 2 de mayo del 2022

Disponible en línea: 24 de mayo del 2022

Sugerencia de citación: Porraz Gómez, I. F. y Hernández López, R. A. (2022).

Vivir entre violencias, desplazamiento y pandemia. jóvenes refugiados en el sur de México.

Razón Crítica, 13. <https://doi.org/10.21789/25007807.1842>

Resumen

En un contexto de inusitados cambios en las dinámicas migratorias en México, la frontera sur se ha convertido en un espacio de encuentros y desencuentros, de tensiones, pero también de muestras de solidaridad entre la población local y la extranjera proveniente de regiones como África, Asia, el Caribe, Sudamérica y, por supuesto, Centroamérica. A partir de contextualizar el origen del que huye la población desplazada, enfatizamos en las experiencias de vida que se desprenden de habitar temporalmente en una ciudad fronteriza como Tapachula, que históricamente ha tenido una dinámica de flujos laborales con la región centroamericana. Reflexionamos en torno a los impactos que ha tenido la pandemia en el control de la movilidad de las personas, generando una condición de inmovilidad que arrastra consigo una persistente vulnerabilidad, y con ello, el fortalecimiento de enfoques para la gestión migratoria altamente restrictivos, ahora justificados por motivos sanitarios.

Palabras clave: Refugiados; pandemia; flujos migratorios; xenofobia; solidaridad.

Abstract

In a context of unusual migratory dynamic changes in Mexico, the southern border has become a space for encounters and disagreements, for tensions but it also has served as a medium to display solidarity between the local and foreign populations from regions such as Africa, Asia, the Caribbean, South America and of course Central America. To start by contextualizing the origin from which the displaced population is fleeing, we emphasize the life experiences that arise from temporarily living in a border city like Tapachula, which historically has had a dynamic of labor market with the Central region of America. We reflect on the impacts that the pandemic has had on the control of people's mobility, generating a lack of it that carries with it a persistent vulnerability, and with it the strengthening of highly restrictive approaches to migration management, now justified by health reasons.

Keywords: Refugees; pandemic; migratory flows; xenophobia; solidarity.

Resumo

Num contexto de inusitadas mudanças nas dinâmicas migratórias no México, a fronteira sul vem se tornando um espaço de encontros e desencontros, de tensões, mas também de amostras de solidariedade entre a população local e a estrangeira, provenientes de regiões como a África, a Ásia, o Caribe, a América do Sul e, obviamente, a América Central. A partir da contextualização da origem da qual a população deslocada foge, enfatizamos nas experiências de vida que se desprendem de habitar temporalmente numa cidade fronteiriça como Tapachula, que historicamente vem tendo uma dinâmica de fluxos laborais com a região centro-americana. Refletimos em torno dos impactos que a pandemia vem tendo no controle da mobilidade das pessoas, gerando uma condição de imobilidade que arrasta consigo uma persistente vulnerabilidade e, com isso, o fortalecimento de abordagens para a gestão migratória altamente restritivas, agora justificadas por motivos sanitários.

Palavras-chave: Refugiados; pandemia; fluxos migratórios; xenofobia; solidariedade.

Introducción

Vivimos tiempos de guerra contra la inmigración. Las metáforas bélicas: “oleada”, “invasión”, “avalancha”, “asalto a nuestras costas”, “ataque sin precedentes”, “invasión”, “desafío”, son uso frecuente para referirse a la situación actual de las migraciones internacionales (Avallone *et al*, 2019, p. 5). La violencia que envuelve a las y los jóvenes centroamericanos solicitantes de la condición de refugiado es construida en su lugar de origen, pero también se reproduce en su tránsito y estadía por México.

Desde 2013 nuestro país ha registrado el crecimiento permanente en el número de personas que solicitan el reconocimiento de la condición de refugiado, de las cuales más del 50% realizan dicho procedimiento en la frontera sur, en el estado de Chiapas que colinda directamente con Guatemala, que es uno de los estados más pobres de México. El reto institucional tanto para el gobierno como para las organizaciones de sociedad civil que atienden a estas poblaciones es de gran envergadura, con lo cual, las condiciones de vulnerabilidad que padecen las personas por su condición de desplazadas se acrecientan en

estos espacios fronterizos, con limitada capacidad de atención, pero una dinámica de flujos permanente.

En ese sentido, el siguiente artículo tiene como objetivo analizar las violencias y condiciones que enfrentan las y los jóvenes migrantes centroamericanos solicitantes de la condición de refugiado en la frontera sur de México, específicamente en el cruce fronterizo de la ciudad de Tapachula, en la región Soconusco, en el estado de Chiapas. En un primer momento presentamos un breve marco histórico y contextual de los lugares de origen de los que huye la población desplazada, enseguida las experiencias de vida que se desprenden del habitar temporalmente en una ciudad fronteriza como Tapachula, que históricamente se ha formado con una dinámica de flujos laborales con la región centroamericana, particularmente la guatemalteca, pero que derivado de los cambios en las dinámicas migratorias en la región, se ha convertido espacio en el que convergen personas de nacionalidades diversas, de regiones como África, Asia, el Caribe, Sudamérica y por supuesto Centroamérica, con lo cual, se genera toda una serie de experiencias de carácter social con la población local. Se ofrece adicionalmente una reflexión en torno a los impactos que ha tenido la pandemia en el control de la movilidad de las personas, generando más bien una condición de inmovilidad que arrastra consigo una persistente vulnerabilidad para con estas poblaciones. Finalmente, ofrecemos algunas reflexiones en torno a las condiciones que guardan estos flujos de personas en movilidad que, en la combinación de políticas restrictivas y pandemias, han quedado echados a su suerte en la frontera sur de México.

Acotación metodológica

El estudio de las violencias y las y los jóvenes migrantes también contribuye a ampliar los horizontes metodológicos, es decir, nos lleva a replantearnos las formas en que nos acercamos a los problemas de investigación y a los sujetos de estudio. En este contexto Ferrándiz nos dice que:

En el estudio de las violencias y los conflictos se abren nuevos escenarios de investigación, nos obliga a reevaluar otros más clásicos, plantea nuevos tipos de problemas, nos enfrenta con actores sociales en situaciones a veces extraordinarias y extremas, cuestiona nuestras retóricas y compromisos éticos y fomenta nuevas formas de interdisciplinariedad. (2011, p. 213).

Considerando lo anterior, propusimos privilegiar las estrategias que conducen al conocimiento de las prácticas sociales y sus significados desde el marco de las relaciones presenciales con y entre los sujetos sociales, en tanto sujetos de conocimiento. En atención a esto, en primer lugar, a la etnografía¹ como una estrategia que posibilita un conocimiento detallado de la vida y la historia de los actores sociales, que en este caso serán los jóvenes migrantes centroamericanos y los actores sociales de su entorno inmediato, en la ciudad de Tapachula, Chiapas. Realizamos seis entrevistas a migrantes solicitantes de refugio y a personas locales con negocios cercanos al parque Miguel Hidalgo en el centro de la ciudad. Una

¹ Etimológicamente, etnografía es un término compuesto por la noción de descripción escrita *grafé* y la de un grupo de personas que conviven en un espacio delimitado y comparten una cultura *ethnos*. Una descripción etnográfica sería, necesariamente, una descripción que se refiere a ese grupo de personas previa convivencia del etnógrafo con el mismo, hecho conocido como “trabajo de campo” (Cáceres, 1998, p. 348).

consideración tanto ética como metodológica nos llevó a cambiar los nombres de los y las entrevistadas para procurar su seguridad.

La observación y las entrevistas están presentes en todo momento para producir la información ya que, como nos dice Ángel:

Ambas técnicas comparten el supuesto de hacer accesible la práctica totalidad de los hechos, y generalmente se tienen como complementarias, para poder captar los comportamientos y los pensamientos, las acciones y las normas, los hechos y las palabras, la realidad y el deseo. (2009, p. 33).

Aunado a ello, la observación y las entrevistas me llevaron a plantear que no podemos reducir la etnografía solamente a nivel local, pues trabajar con jóvenes que están en constante movimiento implica elaborar un mapa, un plano en movimiento, localizar las realidades fracturadas y discontinuas, trazar la circulación de contextos, plantear lógicas de relaciones, en tanto se necesitan traducciones y asociaciones entre estos sitios.

Personas en movilidad desde Centroamérica en tránsito o con destino hacia México

Los flujos migratorios de personas de origen centroamericano han constituido una dinámica social en esta región del continente, la cual no es ajena a procesos estructurales, políticos, económicos y culturales. Al igual que en otras regiones del mundo, esta dinámica de población está “íntimamente relacionada con la globalización neoliberal, así como con la incapacidad que han tenido hasta ahora, los Estados Nacionales de responder adecuadamente a su misión constitucional de garantizar el bienestar económico y social de sus habitantes” (García, 2004, p. 9). Dejándoles en un estado de abandono e indiferencia que básicamente se ha traducido en la transferencia de la responsabilidad de hacer frente a la embestida del crimen organizado, el narcotráfico y las maras o pandillas.

Como refiere Morales, la inserción de la región centroamericana en la globalización estuvo acompañada de diferentes transiciones en términos políticos:

Sobre las cenizas frescas del olvido y las ruinas de un orden —político y militar de la década de los 80 y principio del 90— que enterró tanta muerte bajo la impunidad, y del que quedaron en pie muchas de sus bases, se levantaron nuevas estructuras económicas y políticas. (2007, p. 32)

Que más allá de contribuir a generar un cambio en las condiciones de vida de las personas, les dieron otra dimensión que se tradujo en lógicas que, en el plano económico, tuvieron que ver con la rearticulación de las actividades con dirección a mercados de acumulación transnacional y des-acumulación nacional; en el campo político, con la reconfiguración del poder, dominado por arreglos entre las nuevas élites, que a su vez, incluyeron a facciones recompuestas de las antiguas fuerzas revolucionarias y; el ámbito social, se tradujeron en fragmentación, exclusión y diáspora migratoria, como consecuencia de la desarticulación socio-política de las masas y de su recomposición simbólica.

Como ha sido ampliamente estudiado en diferentes contextos y regiones, las causas de la migración son diversas y pueden interpretarse de diferentes maneras dependiendo de las condiciones en las que se gestan y tienen lugar. En ese sentido, es sumamente complejo separar, por ejemplo, la migración que nace como una decisión intrínsecamente personal, que apela a la voluntad de los individuos —muchas veces vinculada a temas de carácter económico como la falta de empleo, salarios precarios o falta de seguridad social— de aquella forzada por temas relacionados con temas de carácter político, cultural, identitario, religioso, cultural, ambiental o social, como en el caso de la violencia perpetrada por actores públicos y privados en contextos específicos.

El desplazamiento forzado desde países centroamericanos hacia o por México tiene antecedentes vinculados con las guerras civiles en dicha región, particularmente en Guatemala (1960-1996) y el Salvador (1979-1992) de donde miles de personas huyeron de sus países con dirección a México y Estados Unidos. En México, entre 1981 y 1984, cerca de 46.000 guatemaltecos, en su gran mayoría campesinos indígenas del Altiplano, fueron reconocidos como refugiados por la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR) con la asesoría y acompañamiento de El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) (París, Velasco y Contreras, 2021) y ubicados en el sur de México para garantizar su protección. El caso de Honduras es un tanto diferente, pues a diferencia de otros países de la región, no estuvo inmerso en un conflicto armado y su inserción en la dinámica migratoria internacional inició prácticamente en la última década del milenio pasado. De manera paralela, otro de los factores que favorecieron la expulsión de población de los países centroamericanos ha estado asociado con los procesos de intervención extranjera, en concreto desde el gobierno norteamericano y de organismos internacionales como el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Los cuales buscaron alinear a los países de la región en una estrategia regional contrainsurgente: manipular las economías y promover políticas de apertura, liberalización y ajuste estructural de orientación neoliberal, las cuales no solo no disminuyeron las desigualdades, sino que las agudizaron, generando así un gran costo social (Timossi, 1989; Sainz, 1999; Sanahuja, 2022).

A pesar de la firma de los acuerdos de paz y el desarrollo de una aparente nueva institucionalidad en los países que vivieron el conflicto armado². En los últimos 6 años, a los factores considerados como tradicionales en materia de movilidad humana desde Centroamérica: búsqueda o mejora del empleo, el ingreso y la reunificación familiar, se ha sumado el exacerbado y generalizado clima de violencia que se vive en la región como factor de expulsión de la población. Todo ello ha sido favorecido por procesos de inestabilidad política, los cuales terminan mermando la capacidad de respuesta estatal y, en consecuencia, agravando las condiciones de vida de las personas. Como muestra de ello el golpe de Estado perpetrado en Honduras en el año 2009, la represión durante los dos periodos gubernamentales del

² Después de los tratados de paz en la región centroamericana, en la década de los noventa, surge una problemática de la que se habla mucho, pero se conoce poco, las “pandillas juveniles centroamericanas”. Después de 1992 Estados Unidos inicia un proceso de deportación masiva de jóvenes que se habían venido integrando en clicas, “pandillas” o agrupamientos juveniles (Nateras, 2014). El barrio 18 y la mara salvatrucha (MS-13) agrupaban a miles de jóvenes huérfanos de la guerra civil y otros más que encontraban cobijo en la “gran familia”, las deportaciones masivas a El Salvador, Honduras y Guatemala se dan en un escenario complejo para la población juvenil, ya que muchos jóvenes pandilleros deciden enfrascarse en una guerra entre pandillas y con las fuerzas policíacas que respondieron con más violencia y una criminalización hacia ellos mismos que ha dejado miles de muertos y desplazados.

expresidente Juan Orlando Hernández, hoy detenido y en vías de extradición a Estados Unidos, así como la expulsión de la Comisión Internacional Contra la Impunidad en Guatemala (CICIG) en 2019. Así, en Guatemala, Honduras y El Salvador, continúan creciendo las razones del desplazamiento forzado, que provoca la huida de los territorios urbanos y rurales.

Esto lo demuestran las estadísticas tanto de organizaciones de sociedad civil como de la autoridad mexicana. Según los registros administrativos de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR) entre 2013 y los primeros meses de 2021 hay un persistente incremento en el número de personas solicitantes de asilo en México. En poco más de ocho años se pasó de 1.296 solicitudes a más de 70.000 en 2019; 41.000 en 2020 y hasta fines de 2021, a más de 130.000 solicitudes. Es decir, en ocho años se han recibido más de 280.000 solicitudes, de las cuales más del 80% pertenecen a personas de origen centroamericano, fundamentalmente de Honduras, Guatemala y El Salvador. Estas exponenciales cifras ponen en el centro no solo las condiciones que obligan al desplazamiento a miles de personas: la persecución, amenaza, violencia e inseguridad en sus países, sino también a la creciente necesidad de fortalecer los mecanismos de protección internacional en los países de destino.

Uno de los últimos acontecimientos que ha evidenciado la persistencia de estos flujos es el de las denominadas caravanas migrantes que, aunque no se originaron en 2018, tienen una de sus expresiones más importantes en el otoño de ese año en el que de manera conjunta más de seis mil personas atravesaron México con la intención de llegar a la unión americana a solicitar asilo, luego de que diera inicio el 12 de octubre de 2018 con poco más de una centena de personas provenientes de San Pedro Sula, en Honduras.

De acuerdo con una encuesta realizada por El Colegio de la Frontera Norte en Tijuana, Baja California México, en esta ciudad fronteriza con Estados Unidos, casi la mitad de las personas (49%) se unió a la caravana en Honduras, 20.5% lo hicieron en Guatemala, 0.7% en El Salvador, 21.6% en Chiapas, 6.7% en otro estado de México y 1.7% en Baja California (COLEF, 2019).

Habría que precisar que, si bien este movimiento masivo de personas cobró relevancia en 2018, no iniciaron ese año, pues de manera previa desde 2014 organizaciones y activistas mexicanos organizaban los denominados viacrucis migrantes como formas de visibilizar la tragedia que rodeaba al tránsito de personas en situación migratoria irregular por México. En ese sentido, de manera previa y desde 2018, las caravanas significaron una respuesta a los costos económicos y humanos del desplazamiento en pequeños grupos o colectivos, aunque no los sustituyeron. Por tanto, se configuraron como estrategia de tránsito con menor riesgo y costo, así como para enfrentar en mejores condiciones la política de detención del Estado mexicano y lograr asilo en Estados Unidos (Velasco y Hernández, 2021), pues se pensaba que movilizándose de forma masiva podrían generar una gran presión sobre el gobierno norteamericano y obtener con ello una solución expedita a su presencia en la frontera norte del país (Gandini, *et al*, 2020; Torre, 2021).

Así pues, en todos estos escenarios, históricos y actuales, de migración laboral, de desplazamiento forzado internacional, de tránsito para personas en situación migratoria irregular y, por supuesto, de migración pendular entre localidades contiguas de México y Guatemala, la frontera sur es un espacio que ha estado sujeto a grandes cambios de tipo

político, social y cultural en el que los flujos de personas han jugado un papel sumamente importante. Aunado a ello, en el mundo contemporáneo, como señalan Hopenhayn y Morán (2007), “resuena el oleaje de las migraciones de jóvenes, y ello altera los enfoques y construcciones conceptuales que daban cuenta de una cierta normalidad en la relación entre migración y familia”. La migración es hoy un fenómeno de masas que en tiempos recientes llevan a cabo principalmente jóvenes, tal y como demuestran los datos de la Encuesta sobre Migración en la Frontera Sur de México (EMIF-SUR), a través del análisis de las detenciones y deportaciones a personas migrantes tanto en México como en EUA. En el primer caso, los flujos de devueltos por las autoridades mexicanas a Guatemala y Honduras ascendieron a 16.7 mil y 16 mil eventos, respectivamente. En el caso de los eventos realizados por el gobierno norteamericano fueron de 23.2 mil y 18.1 mil respectivamente. De dichos flujos se destaca una composición etaria joven —pues en todos los casos el grupo más numeroso es el de dieciocho a veintinueve años— y el estar conformados mayormente por hombres (EMIF Sur, 2019).

¡Si no es la policía, son las pandillas o el Estado que no nos quiere! Salir de los espacios de origen

El título de este apartado es una frase escrita en las paredes de la capital de El Salvador. Similares frases son referidas por jóvenes salvadoreños y hondureños entrevistados en la caravana de migrantes y solicitantes de la condición de refugiados en el 2018 y 2019 en el río Suchiate, el que divide geográficamente a México y Guatemala, y la ciudad de Tapachula que condensa los problemas más candentes de las y los jóvenes de las sociedades centroamericanas: ser víctima y victimario. El Estado, como la institución responsable de garantizar los derechos fundamentales de su sociedad, experimenta procesos agudos de deslegitimación política: pierde soberanía al compartir parcelas de poder con el capital y la delincuencia organizada, tornándose en una institución incapaz de gobernar bajo los sustentos formales de un Estado Constitucional Democrático (García y Villafuerte, 2014).

El acercamiento analítico a la realidad que hoy define el presente y el futuro de los jóvenes del Norte centroamericano (Guatemala, El Salvador y Honduras), no es una tarea menor. La vulnerabilidad y los riesgos que se ciernen sobre su vida cotidiana se intentan solucionar individualmente con el abandono de sus lugares de origen, huir de la violencia de las pandillas y es a la vez huir de las ofertas de integrarse a las mismas. No se trata de posibilidades, ambos comportamientos ya ocurren como hechos normalizados, no obstante, el dolor y la desesperación de los padres, madres y hermanos/as por encontrar los recursos y las estrategias para que hijos y hermanos/as salgan del seno familiar y del lugar que les vio nacer, dando lugar a la “migración forzada” (Sandoval, 2015; París, 2016; Wolf, 2020).

La crisis que viven los y las jóvenes es una crisis que impacta al conjunto de la sociedad, está en vilo no sólo el presente y futuro de ellos, sino también de la sociedad centroamericana como región. El desafío de investigarlos inicia con la revisión de nuestra mirada analítica sobre el término mismo. ¿Qué son los jóvenes en este tiempo de globalización neoliberal? Es una interrogante que trae consigo el debate sobre la población del Sur global y su potencial humano productivo y/o “parasitario” para el capital, que reestructura sus patrones de acumulación por “desposesión” como refiere (Harvey, 2000), y se desprende de la responsabilidad de garantizar la contratación de la fuerza de trabajo real.

La crisis de los jóvenes es también una crisis del Estado y de la política. Como bien señala Torres-Rivas (2008) y otros analistas de la región Centroamericana, no se puede comprender la política salvadoreña y de otros países de la región sin considerar el punto de partida, esto es, obviando sus endebles fundamentos que, tras los Acuerdos de Paz, dieron vida a la democracia liberal representativa como forma de gobierno. La conjugación de poderes económicos y políticos que en ese entonces la hicieron posible, poco han cambiado si de una participación política efectiva y de un mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de la población mayoritaria se trata. La desafección política obedece a esta lógica que marca fronteras entre Estado y sociedad, Estado y economía, y hacen de la elección de los gobernantes en minúsculos o mayores procesos electorales que, tras el espectáculo montado en torno suyo, esconde tras abiertos procesos de corrupción, como fue el caso de Guatemala, la privatización de las esferas de gobierno y su ejercicio.

Dimensionar la compleja realidad centroamericana, supone además entender el papel que sigue jugando la intervención extranjera, mediante la subordinación del país salvadoreño o hondureño y otros de la región de Centroamérica al poder geopolítico de los Estados Unidos en materia de seguridad nacional y de migración; pero además requiere comprender el importante peso que tiene la migración en la vida de miles de familias, como sustento y posibilidad para el desarrollo de su vida cotidiana. Lo cual, a la postre, se ha traducido en una enorme dependencia económica de estos países y otros con respecto a las remesas que, como dicen los salvadoreños: “sin remesas, El Salvador no existe”. A estos factores, se suma con mayor fuerza el papel que está jugando la violencia en la configuración de las sociedades centroamericanas, asociada fundamentalmente al rol de las pandillas y a la incapacidad u opacidad del Estado para hacer frente a ellas (Cruz, 2005; Knox, 2019).

Desde esta perspectiva, en los múltiples testimonios recabados el denominador era común: la violencia. En este sentido Javier³, un joven migrante originario de San Pedro Sula en Honduras nos comenta:

Mira vos, allá esta rudo para los que somos jóvenes, porque hay pocas oportunidades, de entrada, si vives en una colonia o los cantones controlados, hay que tener cuidado, los mareros andan detrás de ti, yo conocía a varios cipotes que así se fueron enganchando y ahí estaban, y del gobierno no hay respuesta, al contrario, más muertes, por eso decidí estar acá, si vos miras hay varios cipotes, con iguales historias, es porque queremos una vida tranquila. (Comunicación personal, octubre 2018, Suchiate, Chiapas).

Por otro lado, Vilma, una mujer del departamento de Yoro en Honduras narra su experiencia en torno a lo que acontece en su país y la decisión de salir de él:

La razón principal de salir es la inseguridad, debido a las pandillas ya que actualmente, este grupo está más lleno de jóvenes y por consiguiente ellos, quieren obligar a otros jóvenes a ingresar a las pandillas, y si en algún dado caso, en mi caso, nos negamos, pues amenazan con quitarnos la vida o la de nuestros familiares, y pues, la verdad esa fue la razón principal, la inseguridad, la violencia y la mayor parte la falta de oportunidades que hay en Honduras. (Comunicación personal, octubre 2018, Suchiate, Chiapas)

³ Todos los nombres de los y las personas son falsos para guardar la identidad de ellos mismos.

Por su parte, Ricardo, un joven hondureño, quien previamente había migrado al interior de su país relataba la compleja situación social, detonante para decidir salir de él en la caravana:

Si, bueno en primer lugar hay en mi país una inseguridad tremenda, asaltan, me asaltaron varias veces, matan a las personas así, muchas veces no se sabe por qué pues, solamente se van y pum, pum, y se van y bien usted gracias, así como decimos nosotros en Honduras, bueno mi situación fue que, eh... yo fui amenazado con mis hijos, primero me golpeo un tipo, eh..., en frente de mis hijos, lo denuncie, entonces el temor es que, o sea era eh..., que él se enterara que yo lo había denunciado, él se enteró que lo denuncie, quizás por la policía que es corrupta, la situación es que llego a mi casa, entonces cuando él ya se enteró, entonces fue con un machete a mi casa, que me quería matar, entonces, yo me encerré en mi casa con mis hijos, solamente tengo a mi hermana, ese mismo día salimos de ahí, y lastimosamente en ese lugar donde yo vivía pues, a esas personas le tienen miedo, bastante, yo nunca demostré miedo, ese es el problema que teníamos, entonces, salimos ese día, o sea, huir, huir, con mis hijos y dice mi hermana es mejor que te vayas de aquí, y ya fue que uno de mis hijos me dijo de esto y acá vamos en busca de una vida digna y más tranquila... (Comunicación personal, octubre 2018, Suchiate, Chiapas).

Las tensiones que viven algunos centroamericanos iniciaron también por conflictos con algún miembro de la pandilla, por no querer pertenecer a ellas e incluso por “ajustes de cuentas” por no pagar la seguridad, “el derecho al piso” y “la renta” como se conoce a las extorsiones que cobran estos agrupamientos juveniles. Ello supuso una situación en la que se estaba a merced del victimario, del poder fáctico de las pandillas y sus decisiones sobre la vida de las personas, las cuales optan por recluirse en sus casas y cuando eso no funciona, terminan marchándose a donde sea. Desde esa perspectiva, el mundo de vida construida con márgenes restringidos de privacidad, pocas relaciones presenciales y fuerte incidencia de presiones y mandatos externos es lo que ciñen las vidas de muchas personas en Centroamérica.

Estar en Tapachula, Chiapas, cartografía de una ciudad fronteriza

En la región del Soconusco de Chiapas hay un gran mosaico social y cultural que deviene de la presencia histórica de migrantes. Están los y las guatemaltecos, quienes con su mano de obra han potencializado este lugar desde el siglo XIX a través de su trabajo en las fincas cafeteras y de manera reciente en las bananeras. Como se mencionó brevemente, con ellos y ellas se comparten historias de la división fronteriza del Estado-nación⁴, del refugio⁵ derivado de la guerra civil en los años 80, así como de los linajes familiares en una región contigua y por

⁴ Mónica Toussaint y Marisol Garzón refieren: “La definición de los límites entre México y Guatemala fue el eje de las relaciones entre ambos países a lo largo del siglo XIX. Después de un largo proceso de negociaciones se reiniciaron las conversaciones gracias a la firma de la Convención preliminar sobre los límites en 1877, las cuales culminaron con la firma en la Ciudad de México del tratado limítrofe definitivo en septiembre de 1882.” (2020, p.20).

⁵ Las mismas autoras señalan que “en el espacio transfronterizo evidencia una continuidad a lo largo de la historia de la región y deja en claro sus impactos sociales y políticos en la vida de las comunidades que habitan este espacio. Los principales actores se han visto envueltos en procesos que parecen irrumpir desde el otro lado de la frontera, que muestran la complejidad de una región rica en recursos, pero con la mayoría de sus habitantes sumida en una situación de pobreza. Así, llegamos al momento del refugio de decenas de miles de guatemaltecos en México a principios de los años ochenta del siglo XX, derivado del conflicto armado interno en Guatemala, las masacres cometidas en las comunidades indígenas guatemaltecas, así como la violencia y la represión encabezada por los militares en contra de la guerrilla y de las poblaciones a las que consideraban sus bases de apoyo.” (2020, p.12).

tanto con fuertes relaciones familiares, culturales que son de larga data. Por su condición fronteriza y dado el clima de violencia que acaeció en el vecino país de Guatemala, la porción fronteriza de Chiapas se convirtió en punto de llegada de miles de refugiados, sobre todo a partir de 1982, que comenzaron a asentarse en campamentos a lo largo de la línea fronteriza. Muchos de ellos hicieron del territorio chiapaneco su lugar de residencia definitiva.

Sergio Aguayo refiere que cifras del ACNUR y COMAR (organizaciones que atendieron a los refugiados) además de la presencia de la diócesis de San Cristóbal de las Casas y un número importante de Organizaciones no Gubernamentales (ONG) registran que, a Chiapas, en la que destaca la región Fronteriza, llegaron en estas condiciones entre sesenta mil y ochenta mil personas, de las cuales se trasladaron veinticinco mil a campamentos en Tabasco, Campeche y Quintana Roo (1985, p. 60).

La mayoría eran jornaleros (hombres, mujeres y niños) que llegaban por temporadas para el corte de café en algunas fincas de dueños alemanes y mexicanos que se asentaron durante la época del porfiriato; ejemplo de ello son las fincas Argovia, Hamburgo, Irlanda y Santa Rita, las cuales están en la memoria de varios trabajadores y pobladores de esta región. Algunos jornaleros se quedaron a vivir en este espacio, se nacionalizaron y mantienen los lazos con sus lugares de origen que se encuentran más allá de la frontera. En la actualidad, el trabajo transfronterizo se mantiene, pero hay menos demanda de jornaleros debido a la crisis del café y el ocaso de algunas fincas. En Tapachula y otros municipios aledaños, las mujeres guatemaltecas trabajan en casas de los habitantes locales como empleadas domésticas y algunas cruzan a diario la frontera para llegar a sus lugares de trabajo (Rojas 2007; Fernández, 2017).

Armar el rompecabezas de este municipio fronterizo y su gente no es fácil. Hay historias generacionales compartidas que trascienden la frontera sur, pero también hay distintos significados de la experiencia migratoria y nada parece conducirnos a decir la última palabra. Poco a poco, algunos solicitantes del reconocimiento de la condición refugiado han encontrado diversas formas de vivir en este lugar, algunos vendiendo comida en las calles, otros improvisaron pequeños negocios⁶ donde se ofrece comida tradicional de sus lugares de origen, como las pupusas salvadoreñas, las baleadas de Honduras y recientemente se incorporó al menú gastronómico el ragú de carne a la jardinera que ofrecen algunos haitianos o el congrí cubano. Otras personas consiguieron empleo en las peluquerías o barberías ubicadas en el primer cuadro del parque central Miguel Hidalgo, siendo en su mayoría propiedad de hondureños que han vivido en Estados Unidos y ofrecen cortes y peinados a la moda. A partir de la llegada de una segunda oleada de haitianos y africanos al municipio a mediados del año 2019, se difundió otra moda de la que también se hizo un empleo temporal para sobrevivir: las trenzas negras o de colores⁷. Por los andadores del parque Miguel Hidalgo y apostadas en sillas de plástico, mujeres afrodescendientes se peinan y reivindican sus corporalidades, mientras los hombres, que hablan poco español, ofrecen a los transeúntes los peinados a través de una carta con fotos y diseños, los visitantes y personas locales eran los clientes. De acuerdo con el informe sobre poblaciones refugiadas en México, se señala que “un número importante de

⁶ Se podía notar a hombres, en su mayoría haitianos con hieleras en los hombros, que al preguntarles comentan que han comprado hieleras de unicel y hielo en las tiendas, y se dedican a la venta de refrescos fríos, aguas y otros productos. (Diario de campo, agosto de 2019).

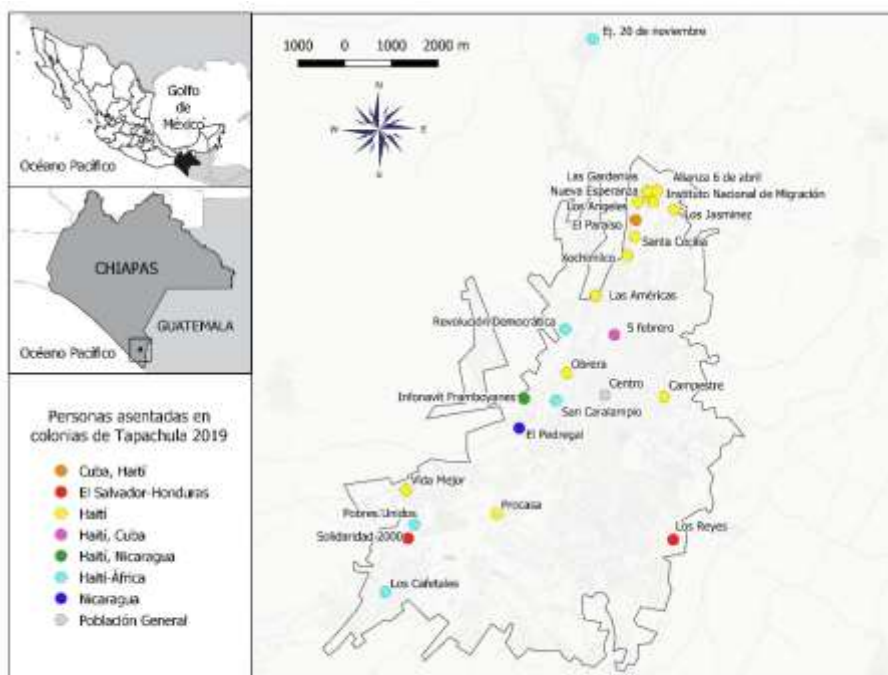
⁷ El costo por estos trabajos iba desde los \$100, \$120 hasta \$200 pesos (Diario de campo, agosto de 2019).

individuos labora en el autoempleo o por cuenta propia, con un mínimo de 12.5% en Saltillo y un máximo de 23.2% en Tapachula” (Hernández y Cruz, 2020).

Las cantinas, los “botaneros” y los bares son parte de la cotidianidad de este municipio fronterizo, que cuenta con un clima cálido y húmedo todo el año. Muchas mujeres de Centroamérica y de Cuba solicitantes de refugio o asentadas en la región trabajan como “ficheras”: acompañan a los clientes a beber cerveza y a escuchar música como reguetón, rancheras y cumbias (Porraz, 2020). Por su parte, algunos salvadoreños y hondureños trabajan como guardias de seguridad en estos mismos espacios, algunos haitianos recientemente se han empleado en trabajos de construcción en la ciudad o en el programa de empleo temporal del gobierno federal. La mayoría de las y los cubanos están en el sector de servicios, laboran como meseros en restaurantes, guardias de seguridad, en actividades de limpieza y como recepcionistas en algunos hoteles del centro de la ciudad. No obstante, aunque las personas parecen encontrar empleos, hay que precisar que la mayoría de éstos se encuentran en el medio informal, en un contexto en el que además las ciudades del sur de México siguen siendo las que proporcionan menos ingresos para los trabajadores solicitantes y refugiados, por ejemplo, en ciudades del estado de Chiapas como Palenque, donde los ingresos rondan los \$3,134.2 pesos, o Tuxtla Gutiérrez con 3,937.4 pesos y Tapachula con 4,343.7 pesos (Hernández y Cruz, 2020).

Los espacios habitacionales también se han diversificado, sobre todo desde hace dos o tres años. Muchos salvadoreños, hondureños y guatemaltecos rentan casas en las colonias Buenos Aires y Cafetales, que se encuentran en la periferia sur de la ciudad, conocidas por los habitantes locales como los pequeños espacios donde están los migrantes o “los centroamericanos”. Desde el siglo XXI algunas familias haitianas que están cerca de la Estación Migratoria se apostaron en colonias que son consideradas marginadas o irregulares por el gobierno municipal, otros encontraron espacios más baratos, cómodos pero retirados, por ejemplo, en Viva México o la localidad de Xochimilco a unos veinte de minutos de Tapachula; algunos más se fueron a las vecindades del centro de la ciudad a vivir en cuartos húmedos y con poca ventilación cuyo alquiler oscila entre los treinta o cuarenta dólares al mes. Cabe destacar que el mismo informe señala: “estas ciudades [Tapachula, Palenque y Tuxtla Gutiérrez] presentan mayores niveles de pobreza en general y por ello mismo, la población de refugiados y solicitantes de la condición de refugiado se ven en la necesidad de residir en colonias con niveles altos de pobreza” (Hernández y Cruz, 2020).

Figura 1. Asentamientos de personas solicitantes de la condición de refugio en Tapachula



Nota. Tapachula con datos de trabajo de campo. Tomado de: LAIGE-ECOSUR, 2019.

Las corporalidades de muchos centroamericanos en Tapachula nos llevan a conocer esas manifestaciones de sus travesías, de sus emociones, de sus vivencias. Pareciera que se vuelve a recordar la experiencia de esa “expulsión silenciosa” de los lugares de origen, que también se refleja en frases como: “ya estamos acostumbrados” o “hay que aguantar porque somos centroamericanos”. Sin embargo, aun con esa precaria o inexistente relación intersubjetiva, se abren espacios para construirse un mundo en ese lugar y en ese tiempo, es decir, una vida concreta y social, en una cultura que no es propia pero tampoco ajena, una dialéctica quizás de irrupción así sea fragmentada y precaria de las fronteras (Hernández y Porraz, 2020). Se comienza a vivir, pero también a mostrar qué es ser “catracho” (gentilicio del hondureño), “chapín” (gentilicio del guatemalteco), “guanaco” (gentilicio del salvadoreño) o también qué es ser caribeño, africano o asiático.

Entre xenofobia y solidaridad: imágenes e imaginarios sobre solicitantes de la condición de refugiado en Tapachula

“En Tapachula hay de todo, gente buena y mala”, comentan varios migrantes centroamericanos y personas de otras nacionalidades. La experiencia de movilidad se torna en un territorio “imaginado” y “vivido” antes y durante la estancia en este. Son pues, estos

espacios fronterizos en los que se ponen en juego imaginarios diversos y a veces divergentes en torno a los migrantes (Porraz, 2019).

El proceso de inserción en la ciudad es distinto por la nacionalidad; para los haitianos y africanos el proceso parece ser diferente que para los cubanos. En todos los casos, un factor de suma importancia es el acceso a documentos, tanto para acreditar su regular estancia en el país como para recibir el reconocimiento de la condición de refugiado y, con ello, poder acceder a una serie de derechos que tienen una lógica de garantizar protección a estas poblaciones en riesgo. Desde esa perspectiva, la inserción en la ciudad está mediada en gran parte por el despliegue de las capacidades del Estado, en su sentido más amplio y del enfoque y visión con que se responde a fenómenos de alta movilidad como los que acontecen en la frontera sur de México.

Luego de las caravanas de 2018 que en un inicio recibieron el despliegue de las fuerzas policiacas y militares de México para evitar su paso por nuestro país, la respuesta institucional dio un vuelco importante, tratando de ofrecer estancias temporales bajo la condición de visitante por razones humanitarias. Esta acción generó un “efecto llamado” para miles de personas de Centroamérica que se unieron también a las miles que previamente habían sido deportadas y en 2019 comenzaron a formar nuevas caravanas. Frente a este hecho, el gobierno mexicano cambió la estrategia y designó como única posibilidad de ingresar a México el solicitar el reconocimiento de la condición de refugiado, lo cual generó una importante presión sobre el endeble sistema de asilo mexicano.

En el 2019 durante las entrevistas realizadas en el marco del proyecto sobre poblaciones refugiadas se identificó precisamente cómo con la necesidad de ingresar al país por la vía que fuera, las personas comenzaron a solicitar asilo, algunas de ellas con la intención de obtener este mecanismo de protección para avanzar a algunas ciudades del norte de México (Monterrey, Ciudad Juárez y Tijuana, entre otras), donde algunos ya tenían redes familiares y otros argumentaban que sería más fácil hacer los trámites para ir a Estados Unidos (Hernández y Cruz, 2020). Sin embargo, derivado de lo complicado de avanzar por México entre finales de 2019 e inicios del 2020, muchos solicitantes de asilo y refugiados se instalaron en una aparente inmovilidad, que más bien parece un “habitar donde se pueda”. El temor a la deportación o a no poder avanzar en la frontera norte de México hizo que Tapachula y otros lugares de Chiapas se comienzan a ver como lugares para estar de manera temporal o incluso permanente, pues aquello que buscan los y las solicitantes es “un lugar donde se pueda hacer la vida”, tal y como comentaron algunos haitianos (Hernández y Cruz, 2020).

En el caso específico de las personas de origen cubano quedarse en México no representa una opción de interés, ya que esta población busca en primera instancia avanzar a Estados Unidos, y “si el refugio en México es una vía, adelante” dicen algunos de ellos. A diferencia de los solicitantes centroamericanos, haitianos y africanos, los cubanos confían más en llegar al vecino país del norte a través de sus redes de apoyo que ya están establecidas en Florida, California y otros espacios de EE. UU.

En la cotidianidad tapachulteca, poco a poco las y los haitianos y los africanos solicitantes se hicieron visibles en el transporte público, en el mercado San Juan en el norte de la ciudad o en los supermercados. La mayor visibilidad fue vendiendo comida en las calles o con escobas y material de limpieza en las avenidas aledañas a los parques Miguel Hidalgo o El

Bicentenario, como parte del empleo temporal que ocupa el gobierno federal en coordinación con el gobierno local para esta población. Las personas de la ciudad comenzaron a identificarlos, algunos marcan una diferencia entre un africano y un haitiano: “estos últimos son más amigables”, refieren algunos taxistas de la ciudad, otros más dicen que las señas y su sonrisa los caracteriza.

Por otro lado, en estos imaginarios que se generan por la presencia de población extranjera en un espacio como la ciudad de Tapachula, los medios de comunicación juegan un papel de suma relevancia, particularmente los locales⁸, cuyo tratamiento de la información tiene una carga peyorativa o una tendencia alarmista que se presta a la confusión entre sus lectores, al publicar notas de prensa con encabezados como: “los africanos regresan de nuevo, incrementan los riesgos de la salud por la presencia de los africanos y haitianos” (Diario del sur, 2020) es de anotar que la mayoría de dichas notas tienen fuertes cargas racistas y xenófobas ya que en el fondo de estos discursos aparece de manera reiterada un supuesto “ambiente de inseguridad” que hoy prevalece en la sociedad en cualquiera de sus niveles espaciales y sociales, inseguridad que lleva a la búsqueda de culpables o posibles amenazas.

“Pueblo fronterizo, infierno grande” es una frase que escuchamos en la calle y que se torna real en algunas localidades de la llamada frontera sur de México. Lo es más cuando del imaginario se pasa a la acción deliberada con propósitos precisos que afectan a personas que están en constante movimiento y se ponen en acción las instituciones erigidas para el resguardo del orden social.

Esto es parte del discurso imaginado y vivido en el espacio local entre los oriundos, los que van de paso y los que se piensan quedar, sin embargo, no todo es tragedia y pesadillas, también hay algo que se ha ido forjando, esto es: “vivir el sueño mexicano”. Roberto quien es originario de Haití expresa su preocupación por encontrar un cuarto para su familia, él tiene tres hijos y asegura que ya no es bueno llegar a los Estados Unidos, cree que es mejor quedarse acá en México, aunque no sabe dónde será, enfatiza: “con encontrar techo, comida y trabajo, para mí es más que suficiente ahora” (Porraz, 2019).

¿Qué se siente vivir en Tapachula? Fue una pregunta obligada en las pláticas con ellos:

la gente local son buenas personas, algunos también quieren aprovecharse de nosotros, pero eso ya lo vivimos en otros lados del continente, hay que ser cuidadosos con los que estamos compartiendo este espacio: los centroamericanos, los africanos o los de Asia, porque también entre nosotros hay diferencias y no sólo de color de piel. (Comunicación personal, agosto 2019)

Comentaron dos haitianos entrevistados. En nuestros hallazgos registramos que es en la movilidad y el desplazamiento donde las definiciones se tornan inevitables: continuar portando el menú de la cultura “migratoria” o del “desplazado” o intentar despojarse de la misma y comenzar a hacer la vida en esta ciudad. Otro aspecto que se percibió que a pesar de estas “angustias” e “incertidumbres” que se vive en la espera de la resolución de sus trámites, la atención a la salud mental sigue siendo lo menos que atender o lo menos en qué interesarse.

⁸ En muchos sentidos, estos medios de comunicación se constituyeron como dispositivos estratégicos para la generación de un imaginario colectivo que propició sentimientos negativos hacia los migrantes centroamericanos como, por ejemplo, miedo. (Hernández y Porraz, 2020).

Las palabras de algunas solicitantes de la condición de refugio llamo la atención: “no estoy enferma, solo tengo la tristeza, pero eso pasará”, “no quise atención psicológica porque eso pasará”, “lo que a mí me interesa atender es el tema de mi resolución y de que mi hijo este seguro”.

La presencia de las y los solicitantes de la condición de refugiado es contradictoria entre la población de Tapachula, mientras un sector mostraba su rechazo por la presencia de ellos, otros más señalaban que con la llegada de personas de origen cubano y haitiano han visto mejorar sus ingresos, sobre todo hoteleros y personas que arriendan cuartos y casas en el centro y periferia de la ciudad, o los que ofertan productos para la comunicación, como la venta de celulares, chip o tarjetas de memoria, hasta algunos vendedores ambulantes. En este sentido algunos habitantes locales comentaron:

“Los negritos” [refiriéndose a los haitianos y africanos] son muy buenos migrantes, trabajadores, no protestan y como no hablan español, pero si lo entienden con señas no son ofensivos, es diferente con los centroamericanos que siguen siendo ofensivos y muchos de ellos son delincuentes (Comunicación personal, agosto 2019).

Otro más refiere:

Aquí en el hotel tenemos una capacidad de 21 cuartos, cada cuarto tiene un precio de setenta pesos por persona, en cada cuarto tenemos de 3 a 4 personas máximo, y cada persona paga sus setenta pesos, la estancia acá se paga por día, por eso hemos visto que en últimos meses ha sido buen negocio que venga esta gente, casi todos los hoteles están llenos ahora. (Comunicación personal, agosto 2019).

Otra persona más comentó:

Es notable que la preferencia de algunos tapachultecos por la población cubana, o algunos haitianos, escucho decir a las gentes acá que ellos son buena gente, porque apoyan a uno, traen su dinerito para gastarlo acá, otro más dicen que ellos si vienen a trabajar y no estar robando (Comunicación personal, agosto 2019).

Miedo, incertidumbre, esperanza, son palabras que se escucharon con regularidad en las conversaciones con las y los solicitantes y refugiados centroamericanos, haitianos y otros, y en la población local de Tapachula. Para estos últimos, las prácticas y sensibilidades de los centroamericanos, caribeños, africanos y demás irrumpen las regularidades espaciales y temporales de la ciudad, propias de las vivencias en movimiento, nucleadas por fracturas, discontinuidades y relaciones de disyunción que definen el mundo global como un mundo de flujos (Appadurai, 1999).

Pandemia: De la movilidad a la inmovilidad

Como ha sido ampliamente documentado, a inicios de marzo de 2020 la Organización Mundial de la Salud (OMS) fijó el inicio de la pandemia del COVID-19, provocada por el virus SARS-COV-2. En ese incierto contexto de una creciente y alarmante propagación del virus a nivel mundial, los Estados implementaron el cierre de fronteras y la restricción de la movilidad humana como mecanismo de contención sanitaria, lo cual tuvo un impacto directo en las personas migrantes, especialmente aquellas que se encontraban en una situación irregular. Por

supuesto que estas disposiciones también se aplicaron en México y la región del norte de Centroamérica y tuvieron un impacto directo en la región fronteriza de Chiapas.

De esta forma, en México, el 23 marzo de 2020 dio inicio la denominada “Jornada Nacional de Sana Distancia”, que preveía el cierre de actividades y servicios económicos, políticos, sociales, culturales, religiosos, con la finalidad de disminuir el impacto en la propagación del virus. El Salvador hizo lo propio desde el 13 de marzo de 2020 y Guatemala y Honduras el día 16 del mismo mes, por lo que, las personas de estos países no podrían salir ni regresar a los mismos.

Tomando en consideración que la política migratoria mexicana se ha caracterizado por la aplicación de un modelo basado en el enfoque de seguridad nacional manifiesto en acciones de carácter restrictivo hacia la movilidad humana, uno de sus componentes más importantes ha sido el de la detención migratoria de personas, en su mayoría de origen centroamericano, las cuales son llevadas en las estancias y estaciones migratorias del INM. En el escenario de pandemia, dichos espacios que operaron en condiciones limitadas (con hacinamiento, falta de higiene, deficiente atención médica), que favorecían la posibilidad de contagio e incrementaban el estrés y la incertidumbre por el desconocimiento del impacto del virus y la falta de comunicación con el exterior.

Semanas después del inicio de la pandemia, en gran medida por la presión de organizaciones sociales, así como de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, el INM desalojaría las estaciones migratorias. Sin embargo, para entonces, las fronteras de los países centroamericanos se encontraban cerradas, por lo que las personas migrantes no tuvieron más opción que permanecer en nuestro país, muchas de ellas en la frontera sur.

A nivel municipal y estatal la información sobre la pandemia fue cobrando relevancia, pero mientras esa información llegaba a muchos migrantes asentados y solicitantes de la condición de refugio, se comenzaron a generar estrategias o iniciativas para sobrevivir en esta frontera. Algunos comenzaron a vender comida por pedidos ante la imposibilidad de ir al parque Miguel Hidalgo o la falta de clientes, otros se trasladaron a algunos mercados como el San Juan al norte de la ciudad, para vender sus productos o trabajar como cargadores. Encontramos también algunas experiencias de jóvenes centroamericanos que comenzaron a hacer “mandados” o pedidos a domicilio en bicicleta o motocicletas en Tapachula.

Por otra parte, y ante el incremento de casos entre el periodo de abril y julio, las autoridades comenzaron a cerrar más calles aledañas en el centro de la ciudad de Tapachula. En perifoneo se anunciaban las medidas de sana distancia, pero también se grabaron cápsulas para la población haitiana en “criollo”, donde se anunciaban las medidas sanitarias. En algunos municipios de la costa se comenzaron a crear otras iniciativas para evitar los contagios: desinfección de lugares públicos, llevar obligatoriamente el cubrebocas en espacios públicos, entre otras.

En algunos espacios donde se recibía a niños, niñas y adolescentes solicitantes de asilo como el Centro de Día del sistema DIF-Chiapas comentaron:

“Ahorita en la pandemia la opción de los alimentos es lo que estamos apoyando, y pues no pueden llegar los niños solamente las mamás, a principio se les daba desayuno a las 9 y la comida a la una de

la tarde, pero como se amontonaron mucho y como llegaban a la hora que querían, entonces se optó por darle su desayuno y comida una hora aproximadamente a las 11, se les pide que lleven *tupper* y solamente una mamá o papá, aunque la mayoría son mamás, una mamá por niño. Obviamente las clases no se están dando a las niñas y niños porque queremos evitar todo esto del contagio en la población y también se dice necesitan pañales o ropita o tenemos algo que se les pueda ser de utilidad.” (Anónimo, comunicación personal, Junio, 2020, Tapachula, Chiapas).

Mientras que algunas Organizaciones No Gubernamentales en la región también crearon nuevas estrategias para seguir atendiendo a la población migrante, respecto a ello comentaron:

Ahorita estamos dando atención telefónica para la asesoría legal y asesoría con respecto a los trámites migratorios, atención emocional y asesoría en caso de detención, por ejemplo, si un familiar tuyo o tú, o si alguien conocido es detenido se le da unas pláticas para saber cuál es el procedimiento por realizar, para contactar a la COMAR y ayudar como a la salida de la persona de la estación migratoria. Híjole, pues creo que ha estado muy complicado en los meses anteriores, ahorita por ejemplo, me tocó en esta semana venir al centro hacer un inventario y se ve como muy tranquilo no, pero pues también se ve como muchísima necesidad por parte de las personas, tanto locales como migrantes, pero sobre todo la atención a personas migrantes pues no hay ninguna claridad en los protocolos de atención a la salud, por ejemplo, antes había una ruta que decía: vas a llegar a la clínica y vas a hacer esto, pero ahora no están atendiendo, ninguna institución puede hablar con claridad que se va a hacer en la ruta de atención [...] eso provoca también que mucho de la población migrante no puede acceder a la salud en general, y pues por COVID tampoco hay claridad hacia dónde ir... (Anónimo, comunicación personal, Julio 2020, Tapachula, Chiapas).

En 2020 la puerta del sur parecía paralizada, esto colocó a muchos migrantes en tránsito, solicitantes de la condición de refugiado y refugiados, en una aparente inmovilidad. El covid-19 puso a algunos en pausa para emprender el viaje, llegar al norte y de ahí “dar el brinco” a “los Estados” como refieren a EUA (Porraz, 2020). Las vidas de numerosos migrantes en la frontera sur de México y otras en el mundo entró en una fase inquietante, de riesgos y de más vulnerabilidades; los peligros abundan mientras las respuestas de los gobiernos son inapropiadas e inconsecuentes con las realidades de las personas migrantes. Desde Tapachula, Chiapas, México, las narraciones de muchos migrantes enfrentan este conflicto, destilan sentimientos de incomprensión y desesperación, proyectan en sus voces y sus palabras esa tensión entre pérdida de rumbo que se torna en abierto desafío y en muchas esperanzas. Por el momento muchas personas varadas, solicitantes o refugiados en este espacio de la frontera, refieren que “está bien vivir el llamado ‘sueño mexicano’” (Porraz, 2020).

Algunas reflexiones finales: Pensar a los sujetos de la condición de refugiado y refugiados.

Dos años han pasado desde que diera inicio la pandemia del SARS-COV-II en los cuales las personas en contextos de movilidad (migrantes y refugiados) han sido quizá uno de los grupos que más han padecido las implicaciones indirectas de este fenómeno sanitario. Las decisiones de carácter político asociadas al argumento de salud se convirtieron en el mecanismo perfecto para matizar las férreas políticas anti-migrantes existentes en varias

partes del mundo, particularmente en contextos como el aquí esbozado, del corredor Centroamérica-Norteamérica, detonando así una serie de situaciones relacionadas con el control de la movilidad, con la falta de mecanismos de regularización o de procesos ágiles para el reconocimiento de la condición de refugiado y, en consecuencia, la restricción al acceso a derechos básicos como la salud o el trabajo.

En un escenario tan complejo como el que hemos vivido de 2020 a 2002 la categoría de “expulsión” (Sassen, 2013) cobra particular relevancia para entender un fenómeno de tal magnitud como el desplazamiento forzado y a la par de este, dimensionar la acción o inacción de los Estados expulsores, de tránsito o receptores de migrantes y refugiados. Dicha categoría:

Proyecta condiciones planetarias⁹, se traduce en los países del sur no sólo en la configuración de guerras internas recurrentes “que traspasan todo principio soberano de Estado-nación y de ciudadanía, sino en la destrucción misma de los Estados y de las sociedades periféricas (Sassen, 2013, p.125).

Paradójicamente, como indica Mercado:

Los Estados locales no sólo legitiman y alientan el poder tecnocrático en aras de los fines de competitividad global, sino también, con sentido imperativo, delegan porciones importantes de soberanía a organismos supranacionales, incluyendo el de la seguridad nacional con impactos violatorios en los derechos humanos y fundamentales de su población” (2005, p. 120).

Tal y como hemos visto con el caso de las personas centroamericanas y la respuesta de México y Estados Unidos desde el año 2018.

En el marco de la pandemia y de la alta restricción a la movilidad humana, son los espacios fronterizos geografías en las que se ponen en juego imaginarios diversos y a veces divergentes en torno al sujeto migrante centroamericano. La propia concepción de sí mismo como persona migrante, desplazada, en búsqueda de otro lugar para el desarrollo de la vida, se trastoca con políticas y acciones que impiden no solo el acceso al lugar de tránsito o de destino, sino que provocan reacciones adversas de la propia sociedad local. De esta manera, la imposibilidad de encontrar mecanismos de regularización y el reconocimiento como refugiados, no solo repercute en las personas que buscan acceso a esos derechos, sino también en aquellas comunidades en las que se asientan de manera temporal en busca de respuestas estatales —tal y como vimos en el caso de Tapachula— generando así una fuerte presión que ordinariamente detona tensiones en espacios como la frontera sur.

La permanencia corta o prolongada en espacios con insuficiencia de respuesta estatal genera también manifestaciones de xenofobia y solidaridad, de acogida y de rechazo entre poblaciones que comparten algunos rasgos comunes. En el sur se escucha decir “somos como las pupusas, baleadas y las quesadillas¹⁰”, tenemos algo en común, sin embargo, la vulnerabilidad cala aquí y cala allá en el norte. En el sur de México, porque todas las

⁹ Las expulsiones, que la autora traduce como “dinámicas -sistémicas- que expulsan gente de la economía y la sociedad, en el Sur global, su expresión económica es el “neoeextractivismo”, esto es, la depredación de los bienes de los bienes ambientales globales (tierra, agua y aire) y su creciente mercantilización (Sassen, 2013, 130).

¹⁰ Platos más representativos de la gastronomía salvadoreña, hondureña y mexicana.

vulnerabilidades visibles en riesgo y los daños infligidos proceden de la devaluación de migrantes y refugiados como personas con derecho a un desarrollo de vida digno y de calidad; y allá, en el norte, porque la globalización, en la figura del Estado norteamericano, erosionó todo principio ético de la llamada comunidad internacional e impuso como principio de toda relación internacional, el paradigma de la seguridad nacional, cuya expresión extrema es el despliegue práctico y real de los viejos conceptos de “enemigo” y de “guerra”, visibles hoy en el Derecho y en los normalizados estados de excepción de las potencias del norte (Villafuerte y García, 2014).

La globalización, en tanto “agenda hegemónica” sin cobertura legal, induce a imaginar y vivir la violencia, y las violencias que engendra, con un sentido de inevitabilidad, pues tiene de suyo acontecimientos productores de inhumanidad que, si bien superan las catástrofes del siglo xx, beben del mismo sustrato de la modernización. La violencia es así, inextinguible, aunque cambie de forma y pretenda hoy tornarse anónima. ¿Qué son los solicitantes de refugio y refugiados centroamericanos para la sociedad y las instituciones? Es una pregunta que todavía espera su respuesta, la esperan los jóvenes, los adolescentes y los niños, quienes pasan solos o acompañados, a engrosar la lista de los solicitantes de asilo por la frontera sur de México. Pero también es una pregunta para los mismos Estados de origen, donde existe una visión de un Estado aparentemente minusválido que hoy vomita miedo y violencia, anonimato y registro, espectacularidad y soledad en la sociedad centroamericana.

Por último, pensar a los jóvenes migrantes centroamericanos y de otras latitudes también genera en el investigador un compromiso fundamental en dos sentidos: por un lado, la responsabilidad de dar cuenta de una realidad social, donde el Estado presenta diversas dislocaciones y transformaciones, del que deviene una descarnada violencia sobre sus actores, ciudadanos, cuasi-ciudadanos o bien sujetos no definidos (García y Villafuerte, 2014) pero, por otro lado, apuntala la necesidad de asumir un posicionamiento académico crítico político y ético sobre esta situación. (García y Villafuerte, 2014).

Referencias

- Agamben, G. (2006). *La comunidad que viene*. Pre-textos.
- Agamben, G. (2009), *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Pre-textos.
- Aguayo, S. (1985). *El éxodo centroamericano*. Secretaría de Educación Pública.
- Appadurai, A. (1999), *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, Minneapolis. University of Minnesota Press.
- Díaz, A. y Velasco, H. (2009). *Investigación etnográfica, un modelo de trabajo para etnógrafos de escuela*. Editorial Trotta.
- Díaz, A. y Velasco, H. (2009). *Investigación etnográfica, un modelo de trabajo para etnógrafos de escuela*. Editorial Trotta.

Cruz, J. M. (2005). Los factores asociados a las pandillas juveniles en Centroamérica. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 1155-1182. <https://doi.org/10.51378/eca.v60i685-686.5125>

Cruz, M. (2007). Juventud, ¿divino tesoro? Una generación, vista desde fuera. En *Jóvenes y adultos. El difícil vínculo social*. Ospdh/Anthropos, 28-42.

Los africanos regresan de nuevo, incrementan los riesgos de la salud por la presencia de los africanos y haitiano. (2020). *Diario del sur*.

EMIF Sur. Encuesta sobre migración en la frontera sur de México. (2019). Reporte semestral de resultados. Julio-diciembre 2019. El Colef, UPMRIP, CONAPO, SRE, BIENESTAR, STPS. <https://www.colef.mx/emif/datasets/boletines/sur/2019/Emif%20Sur%20Boletin%20S2%202019.pdf>

Fernández, C. (2017). *La vida en una orilla del sur. Inmigración hondureña en dos ciudades de la frontera Chiapas-Guatemala*. Casa Chata. CIESAS.

Ferrándiz, F. (2011). *Etnografías contemporáneas. Anclajes, métodos y claves para el futuro*. Anthropos, UAM-Iztapalapa.

García, M. y Villafuerte, D. (2014). *Migración, derechos humanos y desarrollo, aproximaciones desde el sur de México y Centroamérica*. UNICACH, Juan Pablos Editor. <https://doi.org/10.29043/CESMECA.rep.913>

Gandini, L. y Gutiérrez, J. (2020). *Caravanas*. UNAM, Secretaría de Desarrollo Institucional.

Harvey, D (2000). *Espacios de esperanza*. Editorial Akal.

Hernández, R. y Cruz R. (2020). *Perfiles y dinámicas y perspectivas en torno a la situación de las personas refugiadas en México*. El Colegio de la Frontera Norte (COLEF), ACNUR. <https://doi.org/10.33679/rfn.v1i1.2024>

Hernández, R. y Porraz, I. (2020). De la xenofobia a la solidaridad: etnografías fronterizas de la caravana migrante. *Frontera Norte*. 32.

Hopenhayn, M. y Morán, L. (eds.). 2007. *Inclusión y ciudadanía: perspectivas de la juventud en Iberoamérica*. Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo/Fundación Carolina.

Knox, V. (2019). La violencia de las pandillas, la violencia de género y los delitos de odio en Centroamérica: la respuesta del Estado frente a su responsabilidad. *Revista Migraciones Forzadas*, 41, 62-75. <http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/100157>

Martínez de la Escalera, L. y Lindig Cisneros, E. (eds.) (2013). *Alteridad y exclusiones. Vocabulario para el debate social y político*. UNAM/Juan Pablos Editor.

Mercado. (2005). *El proceso de globalización, el Estado y el Derecho*. Universidad Internacional/AKAL.

Morales, G, A. 2007. La diáspora de la posguerra: regionalismo de los migrantes y dinámicas territoriales en América Central. FLACSO.

Nateras Domínguez, A. (2014). *Vivo por mi madre y muero por mi barrio. Significados de la violencia y la muerte en el Barrio 18 y la Mara Salvatrucha*. SEDESOL/IMJUVE/UAM.

Pombo, M (2016). Migraciones forzadas desde el triángulo del norte de Centroamérica. *Antropología Americana*, 1(1), 11-32.

Porraz, I y Hernández, R. (2018). ¿De la protección a la criminalización? Ser joven migrante centroamericano en la frontera sur de México. Jahel López Guerrero y Marcela Meneses Reyes. *Jóvenes y espacio público*. UNAM. pp. 340.

Porraz, I. (2019, 11 de julio). ¡Salir a buscarse la vida! La experiencia de algunos jóvenes centroamericanos en Tapachula, Chiapas. *Chiapas Paralelo*. <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2019/07/salir-a-buscarse-la-vida-la-experiencia-de-jovenes-centroamericanos-en-tapachula-chiapas/>

Porraz, I. (2020). Entrar, transitar o vivir en la frontera sur de México. *Nueva Sociedad*. (289). 8.

Rojas, M. (2007). Mujeres y migración en la frontera sur de México. *Les Cahiers ALHIM*, (14). 147-167.

Sáinz, J (1999). Mercado laboral, integración social y modernización globalizada en Centroamérica. *Nueva Sociedad*, (164). 106-121.

Sanahuja, J. (2002). *La ayuda norteamericana en Centroamérica, 1980-1992*. [Tesis]. Universidad Complutense de Madrid. <https://eprints.ucm.es/id/eprint/4036/>

Sandoval, C. (2015). *No más muros. Exclusión y migración forzada en Centroamérica*. Editorial Universidad de Costa Rica.

Sassen, S. (2014). *Expulsions: Brutality and Complexity in the Global Economy*. Harvard: Harvard University Press. <https://doi.org/10.4159/9780674369818>

Timossi, G. (1989). *Centroamérica: deuda externa y ajuste estructural: las transformaciones económicas de la crisis*. Departamento Ecuménico de Investigaciones.

Torre, E. (2021). *Caravanas. Sus protagonistas ante las políticas migratorias*. El Colegio de la Frontera Norte.

Toussaint, M. y Garzón, M. (eds.) (2020). *Dinámicas y conflictos en una región transfronteriza: México, Guatemala y Belice*. CIDE/CIESAS/CENTRO GEO/ECOSUR/INSTITUTO MORA.

Valenzuela, A. y José M. (2012). *Sed de mal. Femicidios, jóvenes y exclusión social*. El Colegio de la Frontera Norte, Universidad Autónoma de Nuevo León.

Valenzuela, A. y José M. (2009). *El futuro ya fue, sociantropología de los jóvenes en la modernidad*. COLEF, Casa Juan Pablos.

Velasco, L. y Hernández, R. (2021). Salir de las sombras: La visibilidad organizada en las caravanas de migrantes centroamericanas. Contreras, C., París, M., Velasco, L. (Coords). (2021). *Caravanas migrantes y desplazamientos colectivos en la frontera México-Estados Unidos*. El Colegio de la Frontera Norte. 103-130.

Villafuerte, S. D. y Aguilar, M. (2014). *Migración, derechos humanos y desarrollo: aproximaciones desde el sur de México y Centroamérica*. Unicach/Juan Pablos.

Ward, T. (2012). *Gangster without Borders: An Ethnography of a Salvadoran Street Gang*. Oxford University press.

Wolf, S. (2020). *La migración forzada desde el Triángulo Norte de Centroamérica. Impulsores y experiencias*. Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).